

Colzección Nacional

Director: EMILIO G. GODOY

Americo Lugo.

« 2 »

CAMAFEOS

COLECCION
"MARTINEZ BOGG"
La Vega
SANTO DOMINGO, REP. DOMINICANA

Establecimiento Tipográfico.

"EL DIA"



- Camafeos



COLECCION
"MARTINEZ BOOG"
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

PORTICO

En mi opúsculo *La literatura dominicana*, escrito por especial encargo de la *Revue Hispanique*, de Paris, me expreso así, refiriéndome a este ilustre intelectual dominicano:

Americo Lugo es un escritor sólido y brillante. Ha escrito páginas admirables dignas de figurar en la mejor Antología. En su libro principal, *A punto largo*, hay asuntos diversos de verdadera importancia, magistralmente tratados. Su *Heliotropo* es una joyita artísticamente cincelada. En otro interesante librito, *Bibliografía*, estudia concienzudamente aspectos de nuestro movimiento literario más como observador inteligente y sincero que como crítico de amplia y segura mirada. En este opusculo hay un estudio muy hermoso acerca de la obra del insigne Montalvo, "*Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*".

Las páginas que contiene el presente folleto revelan de manera brillantísima

las cualidades de eximio estilista que posee Americo Lugo. Estos trabajos son como joyas de lucientes esmaltes primorosamente cincelados.

No es posible leerlos sin experimentar intensa y perdurable voluptuosidad estética. Pero además de esas sobresalientes cualidades de expresión, de estilo, atesora cuanto distingue a un pensador capaz de escudriñar con mirada perspicaz los más complejos aspectos del pensamiento moderno. I sobre tales cosas culmina Americo Lugo por el carácter austero y firme que nimba su personalidad de ciudadano conspicuo inspirado siempre en nobles y desinteresados anhelos de efectivo mejoramiento patrio.

FED. GARCÍA GODOY.

Nunca más ?

—Ven esta noche, bien mío á cenar de mi alma, á beber de mi boca... Tengo para tí suspiros y besos... Quiero poner mis manos, como una diadema de lirios, sobre tu frente; quiero aprisionarte con mis brazos en estrecho círculo de fuego, quiero estrecharte contra mi corazón enardecido: y los alados geniecillos que custodian mi cintura, y las crueles abejas que depositan miel hirviente en ánforas, como el armiño blancas, como abismo profundas, como el misterio guardadas por mi ondeante vestidura, saltarán de alegría á tu cuello altivo, y sangrarán tus labios con su dardo envenenado...

—Y yo ansío, oh mi adorada!, derramar ardientes lágrimas sobre tu pecho, como rocío de ternura; deshojar sobre tu cabeza, opulenta en rizos de oro, tempranas rosas; hacer, junto á tu oído, pendientes de mis madrigales y, junto á tu garganta, corales de mis redondillas; y beber un mar

de luz en tus ojos, y turbarme con la flor de tu aliento, y quemarme en el fuego de tu amor, dejando sobre tu blanca piel, mariposa fascinada, el polvo de mis alas; y dar mi cuello altivo á los traviosos geniecillos que vaguean por los altos derrames de tu talle victorioso, y dar mi boca, como una roja camelia, para que expriman su jugo, á las mortíferas abejas que llenan de miel los hoyuelos de tu cuerpo inmaculado...

Y fué y mordió como dragón insaciable, el manjar de su alma; y bebió en sus labios rojos, á raudales, del torrente del placer.

Y fué y no dejó en pié una manzana á aquel manzano exuberante, ni una florecilla á aquel arbusto fecundo, ni una gota de agua á aquella cristalina y generosa fuente. Y fué y vivas cayeron, á sus manos piadosas, palomas blancas con voluptuoso arrullo en los picos bermejos y, á sus pies, afortunado cazador, una azorada pero rendida corza. Y fué y sobre el pecho de la amada y sobre la cabellera, opulenta en rizos de oro, llovieron confundidas, lágrimas y hojas de rosas: y sobre la nuca, do el deleite anida, aletearon madrigales y redondillas: y brillantó la piel blanca y perfumada, el polvo de oro de una mariposa consumida en el altar candente de un seno virginal...

Y, cuando al pié de la entreabierta celosía, que separaba un nido celestial de la

tierra ingrata y miserable, ella murmuró: "Nunca más", él apagó la frase cruel con un beso y huyó, huyó palpitante de dicha, á contarle á las sombras de la noche, como cayó en sus brazos, en un transporte de la naturaleza, la más pura, la más hermosa estrella.

Mas ay!, en vano fueron, otro dia, los esfuerzos del amante: ruegos, quejas, desesperación; halagos, promesas, dádivas; certeros dardos de la lisonja, aguda lanza de los celos, maza pesada y formidable del insulto, todo quebró sus garras, como delgado cristal, ante el escudo impasible de su indiferencia.

—Toma mi sangre en holocausto á tu belleza, le decía, ó pídemme que riegue la tierra con la del rey más poderoso. Incendiaré á Roma por una sonrisa de tus labios, pondré sitio á Jerusalén, y alfombra será para tus pies la melena de los leones muertos á mis manos. ¡Oh tú, insólita creación del poder de la hermosura, dulce caricia de la naturaleza, flor del cielo! Si ya no son tus ojos negras alas á cuya sombra anestesiante se adormece algún rival afortunado; si la espuma de tu garganta no es el vino embriagador que apuran otros labios; si las pomas de tu seno, huerto sagrado, no atraieron la codicia de algún otro pastor, dime, oh hermosa, cuál es mi pecado, cuál mi crimen. . . . Grande debe de ser y horrendo, cuando tu mano misericordiosa no me

levanta del polvo, cuando tu plegaria no intercede por mi al cielo. Pero si quieres ser señora de una triste obra y dueño de una indigna hazaña, si quieres sumergir mi amor en el callado estanque del olvido, apagar con tus propias manos la llama que arde, como zarza de Oreb, aquí en mi pecho, sabe, oh pérfida! que cometes el delito más horrible... Arráncame la lengua para que no te alabe, sáltame los ojos para que no te admire, atraviésame el corazón para que no te adore; toma mis ideales y agótalos; toma mi juventud y marchítala; toma mi honra y márchala, pero no escarnezcas mis afectos, no me digas que te olvide, no me separes de tu lado.....!

Como responde el duro mármol, con frío y callado acento; como la ingratitud y el olvido, así élla á su reclamo. Y agotada la esperanza, exánime la voluntad, presa de un dolor desconocido, apartóse de la entreabierta celosía, linde frágil entre un nido celestial y la tierra ingrata y miserable.

Ha discurrido el tiempo. La distancia, la ausencia son urna que igualmente guarda el desengaño y la esperanza: él para la mano confiada del dichoso, élla para el pecho del que infeliz se juzga y sin ventura. Cabe esa urna, el lastimado amante ha suspendido mil veces el deseo de escrutar su destino... ¿Capricho...? ¿Pasión, acaso dormida, cuyo primer des-

tello el alma sorprendió, y que habrá de despertar mañana, estallando en nuevos anhelantes besos?

Cuando tras supremo esfuerzo el pobre amante logra sofocar el deseo de arrancar á la urna, ya entreabierta, aquel secreto, huye, huye palpitante de dolor, á contar á las sombras de la noche, cómo se desvaneció en sus brazos, en un adormecimiento de la naturaleza, la más hermosa, la más fugaz estrella.

A mi pluma

Dulce amiga, amable compañera! Perdona mi larga ausencia de tu lado. Nunca lejos de ti fueron fugaces las pisadas del tiempo, ni leves, ni seguras. Como deja la paloma, por el espacio engañoso, la firme rama, mi mano huyó de tí, y extendida por el aire, imploró en vano una bendición del cielo, una caricia de la tierra. Fuiste á mis ojos grosero tronco ennegrecido; hoy te miro como tallo de rosas coronado. A ti vuelven mis alas destrazadas; á ti vuelve mi canto lamentable. Otra vez colgaré mi nido de tu cuello, dulce amiga, amable compañera!

Escribiré, de nuevo, cartas á mi amada, tiernas como suspiros, persuasivas como lágrimas, hirientes como denuestos. Vestiré de púrpura su nombre con la sangre más pura de mis venas. Arrojaré á sus piés mis postreras ilusiones como un ramo de flores. Herida mi frente con tus agudos picos, la leche de las ideas bañará mi cuerpo y acaso entonces yo aparezca puro ante sus ojos. Mas si su mirada desdeñosa permaneciere fija ante el misterio de la castidad; si aun prefiriese las caricias de su perro á mis caricias y el aliento de las rosas á mis besos, despojaré de mis hombros y colgaré de un sauce el manto de mi juventud para que el frío llanto de la noche marchite sus encajes y el apetito torpe de los buitres le desgarré.

Errante peregrino, tu serás pequeño bordón que afiance mis pasos. Contigo subiré altas montañas: estamparé sobre sus blancas cabezas mi nombre humilde, y ancho surco abriré para que el agua, sangre de la naturaleza, corra á fecundar las llanuras que gimen sedientas á sus piés. Aumentaré con mis lágrimas el caudal contenido de las nubes y las veré alejarse con fruición, pensando que irán á verter fresco llanto sobre el campo donde mi amada teje, por las mañanas, guirnaldas para su cabeza. Y besaré la luz del sol, que da al cielo auroras, salud al pecho de la tierra, lira al ruiseñor.

Contigo bajaré á los hondos valles, ho-

yuelos que ostenta en su risueña faz naturaleza. Libarás allí la rica miel de las abejas, beberás en la corriente de los claros arroyuelos, sobre las frutas maduras tus picos dejarán la golosa expresión del pico de los pájaros, recostarás la cabeza, de botones de silvestres florecillas adornada, al pié de un árbol cuya copa detenga al sol esparciendo grata sombra. Yo tu sueño velaré, pensando en mi amada. ¡Cómo pudiera depositar á sus piés los felices despojos de tu larga peregrinación!

Dispondremos, con frecuencia, á los lugares sagrados, romerías. Las iglesias son lugar de duelo: si esparcen á lo lejos el grato olor de los jardines, es porque en su recinto austero flota el virginal aliento de María. En la nave recóndita, junto á un muro sombrío, te estrecharé proster-nado. La paloma del misticismo rozará con sus alas mi frente, inclinada, como la de un santo monje, ante el misterio.

Hay lugares, más sagrados todavía, donde yace sepultada la infancia del mundo; lugares helados donde el misterio florece; lugares de muerte palpitantes de las ansias supremas de la vida; lugares callados cuyas voces sofocan de emoción al peregrino. Una tumba es un asilo: allí encuentra el huérfano hogar, contento el triste, bálsamo el herido, descanso el fatigado. De los cuatro puntos de la tierra llegan presurosos tributarios cargadas las manos de presentes: el rico lleva su for-

tuna; el pobre su miseria. Allí vuelca su carro la soberbia; rueda en el polvo la ambición; la vanidad se arrodilla. Todos los ríos de la vida corren desatentados hacia ese océano que ningún viento ajita, que ninguna vela cruza. Allí te llevaré también. Posaré mis labios sobre los sepulcros; pondré mi corazón junto á las cenizas que guardan; escucharé su callado acento, y sosegarán en mi pecho las pasiones y una luz tranquila inundará mi espíritu. Ven! Estoy sediento de paz y de verdad.

Endechas

Soy cantor discreto de mis propias desventuras, peregrino doliente que da á los aires la voz de sus canciones al mudo silencio la causa de sus quejas. Llevo de este largo viaje, breve en dichas, destrozados los piés, desalentado el pecho, marchita en mi cabeza la flor de la razón. Exhausto el teroso de mi juventud, mezcladas con las muertas hojas que arrastra el viento animador, con esta arena que piso, ardiente y dura, aquella esperanzas é ilusiones que al partir traía conmigo y que heridas del sol de mi fantasía brilla-

ban en mi seno como claros y perpetuos diamantes; petrificado mi destino, como esos árboles de ramas solitarios y de verdura desnudos, á quien el fuego del cielo apagara en la cima el ímpetu de su savia, yo miro á lo lejos cómo flotan gallardas y surcan raudas la corriente de la vida las gruesas y pintadas barcas de las agenas alegrías, cómo besa con su luz la estrella de la ventura la frente de otras tierras, mientras son mis pasos presa mansa de la honda oscuridad.

Roto el escudo de la esperanza, blancas las armas de mis bríos, desmayada la fé en Dios y mi dama, mi corazón es un caballero vencido. Caballero de los nobles ideales, de la blanca divisa de la honra y de la divisa roja del amor, cuya pluma, señera y ondeante, daba sus rizos al viento porque al cielo los enviase, ¿por qué acometiste empresas grandes, anhelaste triunfos increíbles, ambicionaste glorias ciertas, pobre soñador? Ay!, era fuerza y aún era justicia á tu soberbia y á tu locura remedio que cayeses, fracasadas las fuerza de tu cuerpo y de tu espíritu. Si hubiere menester consuelo quien sólo á sus propias culpas debe remitir la causa de sus males, sabe, ¡oh cordial caballero!, que fué tu adversario invencible la fortuna, hada indiferente y ciega de cuyo filtro amargo Marte se retrae, Hércules se resguarda, la flaqueza se sirve, la maldad se alegra.

Escrita está en lo azul del cielo su victoria, en las estrellas de la noche, en la espuma blanca de la mar; escrita está en las hojas de las rosas, en el abanico de las nómades palomas, en las menudas conchas que cría el beso de las olas; escrita está en la cima de las montañas, en la hirviente lava del volcán, en las arenas infinitas del desierto; escrita está en las notas tristes de la tórtola, en la luz moribunda del crepúsculo, en la nube lejana; escrita está en el duro mármol de su pecho, en el pesado bronce de su indiferencia, en la fría piedra de su olvido; escrita está en la hermosa luz de sus ojos, en la rosa de sus mejillas, en su sourisa candorosa; escrita está en su desvío, en su ingratitud, en su crueldad; escrita está en el dulce acento de su voz, en su alba frente, en la huella leve de su paso.

II.

Soy proscrito infortunado de un país sobre el sol hermoso, más que la luna melancólico, cuyo suelo feliz bañan y doran los ríos de la ilusión, vistiéndole de perdurable manto de esperanza y cuyas márgenes se pierden en los espacios del cielo sin haber traspuesto términos ni límites de la tierra. Regocijada música el aire puebla, luminoso y perfumado; manzanas de oro, fruto encantador que allí se cría, cuelgan de las ramas dóciles al viento: perlas son tus arenas, tus moradores felices, el gnomo, la ninfa, el sueño, la

quimera.... El paraíso perdido es región del pasado oscura é infeliz, el ansiado paraíso es región del porvenir triste y miserable, comparados contigo, oh país sobre el sol hermoso, más que la luna melancólico!

Roto el laúd en mil pedazos, muda la voz en mi garganta, derribado al pié del Olimpo inaccesible, mi corazón es un poeta moribundo. Poeta de los cantos ideales, de las tristes elegías delirantes, de los tiernos madrigales delicados, cuyos versos eran en las alas del céfiro férivida plegaria, y amoroso conciento en los labios de las damas, ¿por qué, ay!, por qué segaste las flores de tu pecho, desviaste hacia el mar de la amargura la suave corriente de tus ideas y atravesaste con la pluma tu propio corazón para escribir el poema doloroso de un amor sin esperanza, sin correspondencia, sin olvido?

Escrita está en las nubes del cielo mi tristeza, en la negrura de la noche, en la comba plomiza de las olas; escrita está en las rosas deshojadas, en el nido vacío, en la playa que el mar besa y abandona... y aquí en mi corazón!

Ruego

*Come to live with
me and be my love.
Marlewe.*

¿Conoces la dulce canción de la lechera? Yo me pongo á soñar cómo sería la vida iluminada eternamente por el sol de tu presencia. Estos zarzales que desangran mis pies, esta obscuridad que me rodea, este interminable grito de angustia que exhala mi corazón, convertiríase en madre selvas, en luz, en cantos de alegría. Cogidos de la mano iríamos por los senderos de la tierra, tu con tus gracias, yo con mi dicha. Extraños al vaiven del mundo, nuestras acciones, serenas y armoniosas, serían como arroyuelos cuya suspiradora corriente rodearía, con mil amorosas vueltas, la encantada heredad de nuestro hogar.

O bien yo sería pastor contigo, adorada pastora. El bosque tiene encantos ocultos, perfumes vírgenes, insectos maravillosos: para las ovejas, la pradera; para nosotros, el seno de las grutas; que mientras aquellas pacen tranquilas, amor subleva nuestras almas con sus divinas turbulencias, y mi boca pide á gritos besos de tu boca y

mis brazos el estrecho lazo de tu abrazo. ¿Qué bien nos enseñaría á amar naturaleza! ¿Vés como la hiedra ciñe al robusto tronco? Así tú, orquídea gentil, vivirías de mi cuello colgada, de mis labios suspendida, de mi pecho prendida, de mi aliento mecida, de mis manos cuidada. Yo buscaría para tí de la más escondida fuente, el agua fresca, de los callados huertos las frutas más hermosas y de los altos nidos las palomas.

Las hojas

La mañana, fresca y pura: los campos, cuajados de frutos; el ardiente sol..... Cuando cae una hoja, quisiera detenerme á recogerla, porque me parece que hallaría su nombre en ella escrito. Con las hojas de estos árboles formaría yo un libro de esperanzas, donde encerrara las que mi alma abriga...

Nunca me había fijado en las hojas. Alta y gloriosa es su vida: crecen del fango lejanas, reflejan el sol, beben el viento, aurora las baña y el cielo mismo cuida de su tocado. Naturaleza escribe en ellas sus poemas. Son el cortinaje que céfiro agita en los balcones de los palacios

aereos que los árboles forman con sus copas. Son el abanico de las aves, á la vez que resguardo de sus nidos. Son las promesas del fruto, las lenguas con que los robustos troncos alaban la fecundidad y exuberancia de la tierra. Felices en sus ramas, saludan al viajero y le ofrecen sombra amiga, de rigor exenta, de frescura llena. Mas ay!, cuán triste su muerte! Pálidas, enflaquecidas, arrugadas, caen revolando, cual heridas mariposas, al polvo que despreciaron; y van mendigando, á merced del viento, una limosna de vida al pié de otros árboles, avaros de su verdor y lozanía. Desfallecientes, moribundas á veces se detienen á los piés del caminante, y el caminante las pisa y las maltrata sin contemplar en su plegaria. ¡Pobres hojas secas, alas rotas de la flor, marchita púrpura del bosque, tristes suspiros de la naturaleza! Mi corazón va con vosotras, mi alma os sigue, y en mi anhelo quisiera con cariñosa mano recogeros para formar un nido donde mi cansado cuerpo reposara eternamente.

Lo que dejaron los Reyes Magos en la zapatilla de Helena

Callados, muy quedo, besando apenas el suelo con su breve pié y extendidas las manos en la obscuridad, iban los Reyes Magos en busca de un virtuoso niño á premiarle con dulces y juguetes, cuando el delantero tropezó con el lecho en que reposaba Helena, dormida.

Olorosa como una flor, blanca como un cisne y dulce como un rondel, su cuello y su cabeza surgían del lino como gala de primavera en campo invernal. Ondeante el cabello, gentil hermano del oro de las minas profundas: sonriente la boca, cáliz codiciado por las más puras gotas de rocío, más que mujer parecía una celeste aparición.

Galantes, como cumple á reyes, los Magos detuvieron el paso á besar la mano de la hermosa, hermosa mano de nieve y rosas formada, que colgaba lánguidamente como fruto encantador que se inclina y aparta del árbol que lo sustenta.

—¡Lástima grande que no cuente los años de la aurora!—exclamó Gaspar.—

Nuestro fuero no se extiende á la mañana de la vida, por digna que ella sea de los homenajes del cielo.

—Su edad, sin embargo,—insinuó Melchor—no parece apartarse mucho del oriente. El candor del semblante y su inocente sueño lo revelan. Sentemos una excepción como gracia á su gracia, como dulzura a su dulzura. Démosle flores de fragancia suave, tan suave como su aliento, y miel tan dulce como la que su pecho acendra.

—¿Quereis—preguntó el último de los Reyes Magos—regar de estrellas el cielo, vestir de espuma el mar? La cándida no necesita de candores, ni la hermosa de hermosura: toda la esplendidez del firmamento no aumentarla un punto la riqueza de su sér. Sea el voto nuestra ofrenda: consagrémosla á la felicidad y á la dicha.

Convinieron los demás en su parecer y, de rodillas, un momento oraron. Y la oración cayó sobre una de las zapatillas que Helena dejara, inadvertidamente, al pié del lecho y que semejaba un pequeño lirio caído al suelo.

Sor Teresa

A las seis estaba á bordo, donde me enamoré de Sor Teresa. Sor Teresa es joven, gruesa, alta, pálida.

Sus ojos, dos centinelas de la gloria. Sus tocas discretas y su aire angélico nada pudieron, acostumbrado como estoy á pasar sin tocar, á meditar olvidando, á oír en silencio. Sor Teresa es mujer y profana: el óleo no la ha purificado; en su cabeza revuelan las mariposas locas y por sus sienes las guirnaldas suspiran. Sor Teresa tiene un alma que gusta de sumergirse en los lagos del ensueño.

Sor Teresa rie y su risa suena como campanas alegres; Sor Teresa rie y su risa canta canciones de Beranger. Sor Teresa rie y su risa es copa donde bebe el deseo; Sor Teresa rie y su risa, franca y fresca, muerde desde lejos. Sor Teresa rie y su risa fuera la risa de las perlas y los corales si corales y perlas reír pudieran; Sor Teresa rie y su risa es leve flor del movimiento con perfume de gracia y color de rubores. Sor Teresa rie y su risa son dos culebrillas que se separan sesgueando; Sor Teresa rie y las abejas toman por una flor su boca. Sor Teresa rie



y es su boca como picante granada, como cereza roja; Sor Teresa rie y las fuentes saltan gozosas sobre su plectro de aljofar. Sor Teresa rie y los dioses despiertan de su sueño milenario. Sor Teresa rie. Si Sor Teresa llorara... los ruiseñores olvidarían sus cantos, su suave rumor los arroyuelos; el cielo se ataviaría de sus nubes más densas, el mar se despojaría de su manto azul y sus encajes, y el corazón de la naturaleza, enajenado, arrojaría un grito.

La doncella

La doncella está triste... Minórase y se argenta su blonda cabellera, y en su rostro pajizo una arruga añianza sus patas de araña. De su traje blanco resaltan amarillas manchas y los listones que la adornan son de un azul violado por las nubes. Sobre su seno las violetas sienten frío y las joyas que la cubren falsas parecen y robadas.

La doncella está triste... Su cuna la mira, dudosa de si fué ella la mecida, la mimada, la adorada, y en los pañales cándidos desvanecida está la huella de la divina orina infantil. Ya no van á su

ventana á cambiar trino por grano las aves que solían, perdidas de amores nuevos.

La doncella está triste... Por su cántaro sonoro la fuente no pregunta ya. No hay arreboles en la nube de la tarde serena, ni aromas en el aura; y de los pañuelos de los quince Abriles no flota ya el adiós.

La doncella está triste...

Pasó una ráfaga de amor por el corazón de la doncella y los azahares se rieron de lo alto de los limoneros.

Pasó una ráfaga de amor por el corazón de la doncella y los sacros altares, con extrañeza, la miraron.

¡Ah, pobre doncella! Las escalas de seda que penden de los balcones floridos, no son para tí. Las trovas amantes que rompen el silencio en la alta noche, no son para tí. Las manzanas del paraíso cuyo jugo enloquece el corazón, no son para tí. Las flechas de Cupido cuyas heridas curan de males ignorados, no son para tí. Los amores suspirantes que guían la dorada barca de Cleopatra, no son para tí. Los dulces y regalados dones de Hime-neo, no son para tí. Ni los besos, galante saludo al amor que en otros labios sonríe, almas que se posan un momento en los balcones de la dicha; ni los abrazos, lazos de fuego, nudos de rosas, son tampoco, pobre doncella, para tí...!

Gerardo Ferreras

Pregunto por tí, querido amigo, como tengo costumbre, desde que negra nube oscureció el sol de tu razón, cerrándome los caminos de tu alma, y me dicen que la muerte se ha llevado también tu triste cuerpo, ánfora vacía, lira rota, tallo solitario que un día tuvieron néctar, sonidos, flores.

Vuelvo la vista á los días claros y rientes de la primera mocedad, aurora de la juventud que es todavía cuna dorada, pórtico glorioso, anticipada ofrenda, pañales albos y rocío matinal, y te contemplo abiertos los brazos para recibirme, húmedos de regocijos tus ojos, toda risa tu boca, todo blandura el pecho contra el cual me estrechabas.

Nada en esa bella, heroica, óptima y dulcísima ciudad de los Caballeros de América me atraía como tú: ni su legendaria nobleza, ni su altísimo cielo, ni sus aires suaves, ni su río divino, ni sus cultivados campos, ni los ricos dones de una hospitalidad por ningún otro pueblo igualada.

He tenido la dicha profunda de conocer almas buenas; pero mejor que tú ninguna.

¿Qué sentimiento te agitó nunca que no fuese amistad ó amor? Odio, jamás; rencor, envidia, ira, codicia, tu ignorabas la existencia de esas pasiones ruines. En tu pecho bullían gozosas las virtudes como corderuelos cándidos en fresco y dulce prado.

Al cortar el hilo de la vida, la muerte lo reanuda en la eternidad. La tumba es puerta del cielo: si el que allí reposa es un amigo, el alma aquí abajo acongojada quisiera acercarse, llamar, pedir asilo, entrar eallada y echar allí su carga de amarguras y miserias. La amistad es afecto puro y santo: como el mismo amor redime.

Si penetrando osado por esa puerta tenebrosa yo te encontrara, y contigo a todos los que amé! ¡Oh sepulturero! Mil veces prefiero á una tumba nueva y solitaria, cuando yo caiga en esta ímpra lucha terrenal, piadoso, eterno albergue bajo el polvo mismo que cubren huesos amigos.

No acierto a distinguir bien los borrosos é indecisos linderos que separan el ser del no ser. Cuando vuelvo la espalda al día de la vida y me pongo á levantar losas de sepulcros, siento al punto latir bajo mis plantas una realidad tan vívida y hermosa como la luz, el calor y el movimiento.

Dime, dulce amigo, ¿es la vida como agua del torrente que de la corona del monte se despeña, arrebatando al sol refle-

jos y perfume á las humildes florecillas, hasta que se sumerge súbito en un antro profundo? ¿Es la muerte inmenso mar sin fondo en cuyo seno los ríos vierten su caudal, ó libre espacio infinito, creador de alas, ensueños y plegarias?

Las amantes lágrimas, los votos fervidos, las fragantes rosas, los cirios, los rezos, los cánticos y pompas fúnebres que el afecto y la piedad consagran al que muere, ¿verdad que no son, dí, vano y supérfluo consuelo....?

Estrecha la mano que te alargó á través del misterio, en señal de cariño, oh tú, el más candoroso amigo!

Invocación

Virgen María, flor de inocencia, "continuo patrocinio de las almas que se acogen á tu maternal amor", celeste esperanza de toda ventura, bálsamo dulcísimo de toda aflicción:

Oh tú, Madre divina, clara estrella de la mar sombría, "almendra malgranada que de granos de gracia está toda cuajada", gemidora paloma cuyo pico nos trae la rama de salud;

Virgen María, flor de las flores, cuyo

aroma calma el dolor intenso del vivir,
encantadora luz que guías los pasos de
mi alma hacia las espléndidas regiones
de la gloria;

Oh tú, Madre divina de nidos, de ensue-
ños, de nubes y arreboles, que das gar-
ganta al ruiseñor, verdura al prado, leche
al pequeñuelo;

Virgen María, botón cerrado de nobles
rubores y fragantes mieles lleno, callada
fuente de alba linfa y mágica frescura;

Oh tú, Madre divina, amor de los amo-
res, perla del mar, reina del cielo;

Haz que renazca la tierna planta de la
fe que mi madre con sus manos creyentes
y piadosas sembró en mi corazón y que
helado eierzo agostó;

y que suba a mis labios la plegaria
sencilla con que de niño te llamaba, arro-
dillado junto a mi lecho para pedirte ren-
dido, en esta angustiosa hora del mundo,
por su paz.

Sobre

"Capítulos que se le olvidaron a Cervantes."

A Fidello Despradel.

I

Hace algún tiempo que anda impresa esta obra, y yo, que busco y leo con amor cuanto á su autor se refiere, no he hallado ningún juicio escrito sobre ella. Objeto de profunda atención ha sido siempre para los amantes de las letras, la noble figura del Quijote: amado, admirado, combatido, estudiado, comentado, profanado, este personaje imaginario y sus hazañas atraen sobre sí las miradas, el recuerdo y la gratitud del universo, de quien fué una como figuración del Jesucristo humano, acorriendo necesidades, remediando aflicciones, predicando virtudes, purgando pasiones. Ni la historia con sus Alejandro y Césares increíbles, ni la tradición con sus Cides y Bernardos tan creíbles, ni la mitología con sus guerreros dioses imposibles, lograron apasionar el corazón de la fama y perder de amor á hembra tan esquiva del modo que la sublime fábula que trajo al mundo, envuelto en la locura

y la miseria, á ese campeón del ideal. Cada día el mundo enciende luz á su memoria, derrama flores sobre su tumba, rebruña sus armas resonantes, estudia sus campañas admirables, aprende de memoria sus palabras. Todo cuanto se relaciona con él es sagrado; quien se acerca á servirle, Aquaviva ó Bowle, es inmortal. ¿Cómo sucede, pues, que la atrevida resurrección de tan ilustre muerto, se haya realizado sin escándalo ni pasmo de las gentes?

Estamos en una época de profundo desaliento, como al fin del siglo anterior estábamos en época de profunda agitación. El espirar de un siglo nunca se realiza sin dolor, porque la humanidad se detiene siempre á meditar, en la cumbre de la montaña alta y sombría que dos siglos forman, y recoge sus fuerzas, y examina sus heridas, y pesa sus esperanzas, antes de comenzar el descenso del lado desconocido. Este viajero eterno acaba de echar en tierra su fardo más vacío que nunca de esperanzas; más lleno que nunca de zozobras, y, sentado al borde del abismo que lo aguarda, se adormece al peso de inmensa fatiga. El trabajo material le ha consumido; la lucha moral le ha postrado, la fiebre intelectual le ha devorado. En su marcha secular encontró á la guerra, deidad funesta, que le ofreció victorias á cambio de sangre y lágrimas; encontró á la ciencia, deidad propicia, que le dió

amarga verdad á cambio de creencias consoladoras; encontró á la paz armada, deidad ridícula, que dá para engañar; encontró á la democracia, deidad hermosa pero débil, cuyas obras no igualaron nunca las promesas; encontró á la duda, deidad implacable, que devora la esperanza. Desalado corrió hacia ellas, les pagó con creces su tributo de sangre, de afectos y de ideas, y la noche del siglo le ha sorprendido contemplando la guerra en pié, los altares volcados, el derecho escarnecido, la libertad hollada.

Este desaliento se refleja en la literatura contemporánea, marcando sobre ella caracteres profundamente desgarradores y desconocidos. Mil escuelas se disputan el señorío del pensamiento, mil teorías contradictorias dan la ley al gusto; pero al modo que las mil sectas protestantes, rallando sobre la superficie del alma, se disputan el señorío del sentimiento y pretenden dictar la ley á la conciencia. La condición de todo carácter, individual ó colectivo, es la convicción: sin esta libertad es licencia, consecuencia es contradicción, fuerza es injusticia. Vulgaridad, obscenidad, vicios, enfermedades van llenando casi todos los números de nuestra literatura á título de libertad en el arte, de naturalidad en el arte, de universalidad en el arte; mientras que, por el mismo caso, la fuerza, la lógica, la belleza de la antigua literatura van entrando en la ju-

risdicción del olvido, la indiferencia ó el desprecio. La duda, el desaliento no son campo de proezas; en literatura, como en guerra, el campeón que dá la batalla influido de esas divinidades sombrías, lleva la muerte en el corazón, está perdido.

La diversidad de ocupaciones, la necesidad de brillar, el afán de lucro, son partes concretas para que amengüe el gusto por las obras de corte y sabor antiguos. Si alguna característica tiene la literatura en nuestra edad, es la fecundidad. Muy lejos estamos de la tranquila sobriedad de los escritores del siglo XVII, y nadie aspira á la universalidad del siglo XVIII, á que de tan distinto modo La Motte y Voltaire acometieran. En cambio, un Galdós produce treinta tomos, un Zolá, sesenta, sin aspirar á universalidades imposibles. Y si va de la musa hedionda á oro, faltan números para contar las producciones de un Escrich ó un Montepín. La literatura ha llegado á ser oficio ruín, y en el literato el comerciante vive siempre á expensas del genio. Ahora, fecundidad es superficialidad, porque las obras maestras son raras aún para producidas por el numen grandioso de la naturaleza. Las obras maestras son una concentración sabia y dilatada de esas esencias suaves que la sensibilidad y la inteligencia destinan en el pecho de los hombres superiores, y mal podría quien va derramando incienso á los pies de todos los dioses del Olimpo,

llegar con el pebetero lleno á los pies de Apolo.

Es verdad que las grandes bras clásicas continúan en boca de autores y preceptistas que las citan y proponen como modelos para la juventud estudiosa. Más este aparente amor se funda menos en la fuerza de la razón que en el poder de la costumbre y, sobre todo, en la necesidad de adornar la inteligencia y mostrar erudición. Los *Capítulos* de Montalvo, pues, lanzados al mundo en medio de este profundo desaliento, de esta diversidad de escuelas literarias, de esta fecundidad de obras del momento, de este despego de las grandes obras clásicas, han podido ser acogidos sin atención y aún con frialdad. Dudo mucho que la soberbia cabalgadura dé los siglos no le sirva á Cervantes para descollar como gigante en el palenque de la literatura universal, y que la obra maestra de la literatura española, de haber sido publicada por primera vez en esta época, mereciera mucho mejor acogida que esa obra maestra de la literatura americana.

Otra causa del silencio que reina sobre la obra póstuma de Montalvo, consiste en la diferencia de nacionalidad entre el autor y el sujeto tratado. D. Quijote es manchego: entre los 17 millones de hombres que pueblan los actuales términos del antiguo reino de Felipe II, no hay fisonomía que mejor sustente los nobles

rasgos de la raza *goda*. Ya he insinuado que España está más fiera de D. Quijote que del Cid. Perdonóle tiempo atrás á algunos de sus ingenios esclarecidos que tratasen de infundirle nuevo aliento; pero los tiempos han corrido, el respeto á tan gran materia se ha convertido en veneración, y un Calderón ó un Meléndez serían hoy considerados punto menos que profanadores. ¿Cómo no ha de despertar la susceptibilidad española un hispano-americano, con arrimar el hombro á la sagrada labor! ¿Me atreveré á decir mi pensamiento? España no ama nuestras glorias, España no guarda la reciprocidad que merece nuestro cultivo asiduo de su lengua y la predilección y amor que por sus obras sentimos. Nosotros, que admiramos á Cervantes, á Mendoza, á Luis de Granada, á Jovellanos; nosotros, que olvidamos á Shakespeare y Moliere para no acordarnos más que de Calderón y Lope de Vega; nosotros, que aprendemos de memoria á Garcilaso y Herrera, á Caro y á Rioja; nosotros, que lloramos los amores fingidos de Calisto y Melibea y los reales de los amantes de Teruel; nosotros, que en los pentámetros del *Mío Cid* y no en el *Rolland* hallamos el calor natural de nuestra sangre, que en las estrofas de Ercilla y no en la *Henriada* hallamos la expresión de nuestros sentimientos; nosotros, que no desconocemos *El Monserrate* y *La Mosquera*, que aplaudimos á Jeróni-

mo de Alealá, á Alemán, á Espinel; nosotros, que citamos las antiguas coplas de Manrique; nosotros, que no olvidamos que Quintiliano fué español; nosotros, que estamos prendados del estilo, gracia y donosura de la España literaria contemporánea; nosotros, cuya sed de estudio, cuya virilidad de pueblos jóvenes están contribuyendo á salvar del desprestigio el habla castellana, nosotros apenas tenemos, casi no encontramos en España admiración para nuestros ingenios, aplauso ni estímulo para nuestros escritores. El prólogo de *La Peregrinación de Bayoan* estuvo á un paso de arrancarme lágrimas. En el desdén y afectado desprecio de los españoles cultos hacia las obras buenas americanas, ¿no se descubre un egoísmo por ventura sostenido por el odio, que impedirá por mucho tiempo el establecimiento de la comunidad literaria entre España é Hispano-América, que retardará nuestro desarrollo intelectual, que tal vez se refleje algún día en las relaciones internacionales, cuando haya sido en América la soberanía española? Nuestras glorias sólo son sus glorias cuando se españolizan: el Sr. Hostos ni Montalvo pueden ser glorias suyas. ¿Qué mucho que los *Capítulos* hayan sufrido la suerte de *Bayoan*, cuando los españoles quisieran que su Quijote fuese intraducible como el *Hudibras* inglés?

En cuanto á América, América no se

ocupa de sus glorias literarias. Montalvo y Baralt, Bello y Olmedo, con ser tan grandes como los más grandes escritores y poetas españoles, están muy lejos de merecernos la admiración profunda que nos inspiran estos ingenios que brillan en el alto horizonte europeo. La gratitud, afecto que tira con violencia á la exageración en todo pecho bien formado, ha endiosado nuestras glorias militares cuando han sido glorias libertadoras: quien de nosotros hablara de libertad invocando á Pelayo ó á Daoiz y silenciando á Bolívar, sería un malvado. Fuera de los efectos de esa pasión sagrada las glorias americanas sufren de nuestro abandono y olvido, porque nuestros ojos, porque nuestro corazón, trasponiendo su íto, se van tras otro mundo, lleno de recuerdos y de ruinas, lleno de pasiones y dolores.

Para juzgar de una obra es indispensable conocer bien á su autor. Afectos, cualidades y defetos personales son guías seguros que nos muestran escondidas bellezas, paisajes apartados, lagunas dilatadas, abismos profundos que la razón del lector, caminando sola por el libro, habría pasado sin ver ó apreciar debidamente. Quien no pueda recordar á Gibbon, sentado en la Cámara inglesa, frío é impasible, á tiempo que los esfuerzos de las colonias hacia la libertad conmovían aquel recinto, pasará por las páginas deslumbradoras de su *Historia* sin darse cuenta de los abis-

mos que la magia de su estilo cubre de césped y de flores. En la labor prolongada de un mismo escritor, ¡cuán marcadas y distintas, por ejemplo, dos etapas de la vida de Schiller en *Los Bandidos* y la *Historia de la guerra de 30 años!* Por la vida entera de un hombre, dice Villemain, por la pintura de su carácter, de sus pensamientos habituales, es que se puede adquirir la completa inteligencia de sus obras y de su talento. Por ventura la biografía de Montalvo no está escrita todavía; memorias, no debió de dejarlas. Conozco solamente ligeras notas biográficas escritas por americanos y españoles. Más que todo esto enseñan su vida los datos personales que esmaltan sus obras, contribuyendo al encanto irresistible de su estilo que, hijo de su carácter, corre impetuoso como un Amazonas de brillantes que hiere el sol, por entre un cauce de oro.

De lo poco que sobre él se ha escrito y de la lección de sus obras, se deduce que Montalvo amó con pasión la política y las letras. En política fué liberal revolucionario y por tanto desgraciado en medio á un pueblo fanático é ignorante. En literatura también fué liberal revolucionario, porque su estilo le corría directamente del corazón, que palpita en cada frase, en cada palabra suya. Los que le han tachado de afectado y aún de loco, se engañan á causa de esa identidad en el

sentir y el expresar de la cual tal vez no ofrece la literatura ejemplo más cumplido. La sensación más tenue, el encogimiento delicado del alma, la crispatura ligera del arpa de los nervios, la poderosa contracción de los músculos, el ímpetu de la sangre, el grado de emoción, todo pasa y se comunica á esa pluma sensible que no sabe mentir, ni disimular, ni atenuar las impresiones. Así salen las ideas con la espontaneidad con que brotaron, en el desorden grandioso de su creación, con la entonación natural de la vida que las sustenta. Por donde viene á suceder que sea naturalidad lo que parece afectación, sensatez lo que parece locura porque se sale de las reglas, ordenamiento y disposición comunes del ingenio. Una pasión basta para devorar la vida; dos no caben en el pecho del hombre. La política, amor de la patria, fué devorada por las letras, amor de la raza. A no saber leer ni escribir, Montalvo habría sido Presidente de la República del Ecuador: voluntad enérgica, valor á toda prueba son las grandes prendas de que gusta enamorarse la fortuna y él las poseía. Supo leer y escribir, prendas que odia la fortuna, pero con las cuales se puede aspirar á la gobernación del mundo: dígalos Cervantes. En el Ecuador, más que en otras repúblicas de América, la religión forma parte de la política. El liberalismo de Montalvo chocó contra las puertas de la iglesia estremeciendo las

conciencias. Los frailes y los tiranos agriaron su carácter y depuraron su fé. Persecuciones, proscripciones, tentativas de asesinato, calumnias, diéronle hambre y sed de felicidad, colmáronle de desgracia, robáronle el reposo, agitaron su vida; y solo, triste y pobre, murió en París en edad temprana, solicitado, altivo y grande.

En su amor inmenso á la patria y á la raza, Montalvo bebió en las más puras fuentes republicanas, se apartó audazmente del medio ambiente literario contemporáneo, templó su carácter en la contemplación atenta de la grande antigüedad, forjó su estilo en el yunque de los padres de la lengua, sorprendió los encantos de la naturaleza. Erudición inmensa, buenos modelos, compañía y trato asiduo de los grandes caracteres por medio de la historia, de los grandes escritores por medio de su buen gusto y conocimiento profundo de la lengua, robustecieron y aquilataron sus facultades naturales de por sí sobresalientes. Hostigado por sus despiadados é injustos enemigos, que aun en el camino de las letras fueron osados á perseguirle, su talento creció, se agigantó y, con las proporciones de genio rompió contra el despotismo político, contra el clero hipócrita, contra la falsa nobleza, contra la falsa virtud. Cada una de sus obras señala una campaña formidable librada en interés de la civilización bien entendida de la que fué apóstol y propagandista

infatigable. Esas obras, colmadas de ideas grandes, abarcadoras de los sentimientos y sucesos del pasado memorable, perfumadas de un espiritualismo suave y natural, en las que campea un estilo único en la literatura castellana, hijo de un pensamiento espontáneo y valiente, en que las ideas van remontadas, rápidas y resueltas como sobre el vuelo de un águila; esas obras, digo, ojalá se propaguen en América cuanto debieran. ;Propagarse en América! Mientras todos los gobiernos no sean sustentadores de las libertades públicas; mientras existan clérigos ignorantes y corrompidos; mientras los malvados, los hipócritas, los ruines formen la mayoría que dé ley y la medianía que dé la opinión, las obras de Montalvo sufrirán persecución y olvido, puesto que no falten gobiernos que les den entrada oficial en las escuelas públicas y que condecoren al autor.

Montalvo escribió mucho si se atiende á lo agitado de su vida y á su temprana muerte. De sus producciones, "que figurarán en la categoría de lo inmortal y humanamente perfecto", las principales son: *El Terremoto de Imbabura, El Cosmopolita, El Regenerador, La Dictadura Perpetua, Las Catilinarias, Siete Tratados, La Mercurial Eclesiástica, El Espectador y Capítulos que se le olvidaron á Cervantes.*

El Terremoto de Imbabura le colocó

desde luego á la altura de los grandes escritores. Hombres tales como Lamartine y Victor Hugo le tendieron la mano en señal de felicitación.

El Cosmopolita, *El Regenerador* le proporcionaron la satisfacción de oirse proclamar por boca de admiradores como Jorge Isaac, como el prosador más valiente y donoso de Hispano-América.

Las *Catilinarias* asombraron al mundo. La prensa americana se deshizo en elogios. Castelar, de lo alto de su fama y de su nombre, declaró que estaban maravillosamente escritas.

Los *Siete Tratados* le alcanzaron el título de Cervantes del Nuevo Mundo; si bien críticos más modestos, le llamaron simplemente el Luis de Granada americano. Cantú, acabada la lectura de tal obra, tomó la pluma con que compuso su *Historia Universal* y escribió diciendo: "No quiero perder tiempo en manifestar al mundo mi admiración por el autor de los *Siete Tratados*".

Oíd algunos ecos de la crítica sobre esta obra:

"Montalvo se convirtió en águila caudal de nuestro idioma en los actuales tiempos. Posó sus ojos en el mismo sol y metió su pico en la nieve virgen de las cimas inaccesibles".

"Montalvo desplegó, en el más alto grado, los dones propios á la lengua española, juntamente con todos los elementos más

bellos y armónicos de las lenguas antiguas y modernas”.

“En *El Espectador*, Montalvo vació como en fornido molde toda la savia de su ingenio en sus postreros años, cuando el trabajo y las decepciones de la existencia habían agotado en su cerebro la inspiración y en su alma habían extinguido la luz de la esperanza”.

Pedro Pablo Figueroa, observador bastante fiel de los ingenios americanos y dueño del párrafo que sobre *El Espectador* he citado, muestra inexactitud en otros puntos de su estudio sobre el gran escritor ecuatoriano. Para probarlo, basta citar este otro párrafo suyo: “Este último capítulo (*El Buscapié*) es una imitación del *Quijote*, pues se intitula *Ensayo de imitación de un libro inimitable ó Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*”.

Las Catilinarias, los *Siete Tratados*... ¿Como paso sin detenerme ante el recuerdo de estas obras, delicia de mi alma, alimento de mi espíritu? Sus ideas cayeron como dulce rocío sobre mi frente, como hirviente lava sobre mi corazón, imprimiendo bondad en mi pensamiento, fuerza en mi carácter. De nada tiene más necesidad el hombre que de buenas compañías: los padres debieran fijarse en ello con particular cuidado. Pues un libro es un amigo, compañía agradable y provechosa. Cultivad la amistad de los grandes hombres en los libros; aficionaos á departir

con genios, puesto que nunca desprecies el vulgo, ni aún la canalla de los escritores. Las *Catilinarías* son el mejor amigo que podría hallar la juventud hispano-americana. Son un monumento de noble sentir, de grandes ideas, de elegantísimo hablar. Son la invocación más ardiente á la libertad, y la imprecación más terrible á la tiranía, de cuanto conozco escrito. No acierto á abrir las obras de Chateaubriand, este bello genio francés que tantas analogías tiene con Montalvo, sino por su escrito sobre Bonaparte y los Borbones. El tremendo apóstrofe de Chateaubriand á Bonaparte podría sólo dar idea del vigor de las *Catilinarías*; y cuanto á las demás bellezas de estos doce opúsculos, nadie las reuniría, buceando en los mares de la imprenta, en menos de largos años. Los *Siete Tratados*, obra de alta moral, de alta filosofía, están rebosando poesía y fuerza: atleta incomparable, mago delicado, Montalvo en esta obra atrae, seduce, arrebató; sujeta y rinde; y ora tierno, ora irritado, nos lanza al cielo, nos arroja en tierra, nos levanta, nos arrulla, nos mece con dulcísimas quimeras, nos embriaga con esencias celestiales. El episodio de la flor de nieve, las descripciones de beldades orientales, el paralelo entre el genio y el ingenio, el banquete de los filósofos, son productos de un genio tan altivo como Byron, tan dulce como Virgilio, porque sólo en Byron podrían irse á buscar las audacias,

sólo en el autor de las *Geórgicas* la ternura de Montalvo. El banquete es sin duda imitación; pero imitación es cualquier gran libro, como el *Quijote*. Racine no pasó del discurso de Pausanias en su traducción del *Banquete* de Platon, é hizo bien, de no saltar por sobre los discursos del médico y el estornudador para caer en el de Agathon, la parte más bella del conjunto. Pero en el *Banquete de los filósofos* todo es bello; y la Fontevrault que lo vertiere al francés bien podrá llegar sin recelo hasta el fin del magnífico tratado.

II.

Los *Capítulos* son la obra póstuma de Montalvo, quien, no obstante haber escrito los *Siete Tratados*, la miraba como á su obra capital. En realidad, sólo un espíritu tan atrevido como el suyo podía acometer empresa literaria tan difícil y arriesgada como continuar el *Quijote*. La fama de esta obra, el lustre de los siglos, el nombre de Cervantes, la dificultad del tema, extremada así por la necesidad de huir la imitación vulgar y alcanzar la originalidad dentro de la imitación perfecta, como por la necesidad de reconstituir la época, ya distante, que el ingenioso hidalgo ilustró, por arte de Cide Hamete, con sus hazañas y discursos; la opinión consagrada por Moratín y Clemencín después de haber arrimado el hombro á la

materia ingenios grandes, todo parecía condenar como loca presunción el empeño del escritor americano. Veamos cómo ha salido de la brega más terrible y gloriosa que escritor alguno haya tenido por los despojos del Fénix.

La dificultad de imitar á Cervantes es punto menos que insuperable. En primer lugar, se necesita ser genio, es decir con Horacio, ingenio sublime que se expresa en noble y majestuosa manera. En segundo lugar se necesita poseer el secreto de la risa. En tercer lugar, se necesita conocer el tema hasta el punto, por lo menos, que lo conocía Cervantes, hidalgo enamorado de las instituciones y hasta de la literatura caballeresca, Montalvo satisface á dos de los mencionados requisitos; en cuanto á la sal, superior es Cervantes, aunque la que se derrama de los *Capítulos* suele ser tan rica como la del *Quijote*. Montalvo es genio, el más alto y poderoso que haya producido América. El tema lo conocía de sobra: tema cristiano y universal, surgido de ciclos heroicos dilatados, á los que servía de sustento ó marco grandioso la fabulosa historia antigua, que la tardinera España agotó con pasión en mil obras que fueron la delicia de su tiempo y que han sido aprovechadas en los *Capítulos* con sorprendente erudición y exactitud. Pero el temperamento de Montalvo le daba una fisonomía literaria más épica de lo que convenía á la forma burlesca del

Quijote. Montalvo es más parecido á Homero que á Cervantes.

La continuación del *Quijote* no podía ser mejor concebida. Quitad en Cervantes la muerte final y allí empieza la obra. Montalvo toma al héroe en campaña, á tiempo que Rocinante echa por una vereda que le lleva á través de un bosquecillo, seguido de su buen escudero Sancho Panza. Allí va á comenzar el Caballero la penitencia de Beltenóbrós, cuando el llorar de un niño despierta su curiosidad belicosa. A poco encuentra á una como Urganda la Desconocida, vejezuela cuya descripción es notable. Aquí empieza á marcarse una diferencia importante en la manera de ambos autores. Cervantes no filosofa nunca por su cuenta; Montalvo lo hace con frecuencia. Vicente de los Ríos declara que el *Quijote* es tan digno de alabanza por lo que calla como por lo que dice: salvo el pasaje sobre la pobreza, () todo lo dicen los personajes de la obra. Pero compárese el mencionado pasaje con el de Montalvo sobre el mismo asunto en el Capítulo III, y se verá cuanto excede el ecuatoriano al español en grandeza de ideas. La exclamación de Cide Hamete es pesada y hasta vulgar: la de Montalvo es alta y noble. Si la narración no debe cortarse á cada paso con digresiones y reflexiones en persona propia del autor, usar de ellas con economía y discreción suele ser oportuno y hasta conveniente.

Llena está de digresiones la obra de Cervantes; cuanto á las reflexiones atinadas, ellas embellecen y dan valor hasta á la narración histórica.

En el Cap. III, D. Quijote, de sobremesa, hace suyas las hazañas de Astolfo, á quien creyó vencer en el Caballero de los Espejos. Cuando envía á Sancho á requerir las murallas de la imaginada fortaleza, éste cree que se trata de desencantar de nuevo á Dulcinea, lo que supone cumplida la tercera y última salida así como el vencimiento de D. Quijote por Carrasco, episodio que no menciona Montalvo en ninguna parte de su obra. Esta creencia de Sancho envuelve contradicción con el Cap. 46, donde el escudero dice que se tiene dados cinco azotes, lo que hace presumir que aun no habían recibido los árboles cercanos á su aldea los tres mil y tantos. La aventura de los tres penitentes es graciosísima: Montalvo critica en ella, y con razón, el poema ó leyenda *Montserrat*. Sancho gana una batalla, y el autor habla por su cuenta admirablemente.

En el Cap. VI hay páginas que son una repetición de Cervantes. Montalvo muestra su erudición en literatura caballeresca. El Cap. VIII es bello; el IX bellísimo, y contiene además una gran lección. Del X al XV, una serie de aventuras completamente nuevas surgidas del deseo de venganza de unos monacillos: la del fantas-

ma, que termina con el raro apóstrofe de D. Quijote al agua; la de la Cautiva encadenada, en la que Montalvo alude á García Moreno, la del Puente de Mantible; la ascensión de D. Quijote adonde le esperaba su señora y la relación que el enamorado Caballero hace de la soñada entrevista. El Capítulo XV puede confundirse con lo mejor de Cervantes. Le sucede la aventura de los árboles y el encuentro con el señor Obispo: Montalvo vuelve á mostrar su erudición. El capítulo XVIII contiene una aventura y un diálogo que no habría desdeñado Cervantes. La aventura con los frailes de San Francisco es una imitación de la de los presos del *Quijote*. Propiedad y deliciosa sencillez hay en la conversación de D. Quijote y su escudero; y la aventura del cuerno de Astolfo que termina el capítulo parece narrada por Benengeli. Lo que dice D. Quijote al estudiante sobre el modo de escribir la historia, merece ser recordado.

El capítulo XXII es uno de los menos parecidos á los de Cervantes. Al llevar á D. Quijote á casa de D. Pedro Santiváñez, Montalvo da una suave lección á D. Antonio Moreno y á los Duques. Los 23 capítulos que abarcan la permanencia de D. Quijote en casa de D. Pedro, valen casi tanto como los 28 que narran en Cervantes la residencia en la mansión de los Duques. Y ¡cuán distinta, nueva y original es esta parte de los *Capítulos*! El

genio de Montalvo campea aquí libremente, hecho ya á las dificultades de la empresa que se impuso. Sancho, el personaje realmente inimitable de Cervantes, aparece tan bien representado como D. Quijote. Los demás parecen tomados del natural. La vida de canónigo pintada por el Intendente, el cuento de Sancho á Prudenciana, las anécdotas morales del Capellán, la vehemente respuesta de D. Quijote á Sancho cuando salía á combatirse con los dos gigantes, el discurso del ermitaño, la contienda de D. Quijote con el Caballero del Aguila y el encuentro con su dama, que constituyen una aventura que olvidó Cervantes sin duda porque Homero mismo se cansa y desfallece antes de llegar á la cumbre del Parnaso, el capítulo 35, lleno de pensamientos sobre crítica, el 36, lleno de erudición caballeresca, la batalla nocturna que D. Quijote estuvo á punto de perder, contada con la sal más rica, el capítulo 39, el torneo, tan bien descrito, el baile, episodio mejor tratado por Montalvo que por Cervantes, el capítulo 44, que puede mezclarse con lo más notable del *Quijote*, toda esta parte, en fin, salvo por ventura el capítulo 38, es admirable y del todo digna del inimitable autor de *El Ingenioso Hidalgo*.

De los últimos 15 capítulos de la obra los principales son: el 46, el 48, el 51, el 52, y, sobre todo, el 58, que es el más hermoso del libro y de lo más hermoso que se haya

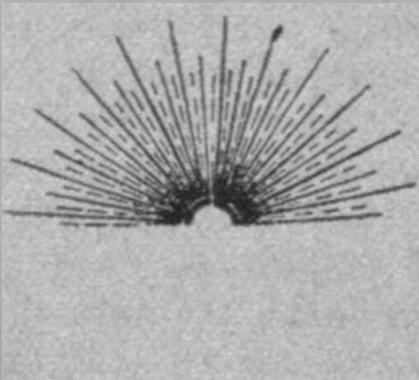
escrito en prosa castellana. D. Quijote encuentra á Ignacio Veintemilla, colgado por ladrón. ¡Desfogue terrible que helará la sangre de los tiranos, cuando consideren que el juicio que merecen sus maldades puede pasar tan alto á la posteridad! En el capítulo 49, Montalvo habla por su cuenta y D. Quijote como suele en Cervantes. La representación del Tío Peluca vale tanto como la de Maese Pedro. La historia del desconocido, calcada sobre unas coplas del Arcipreste de Hita, no puede ser más sencilla y graciosa. Y el final no puede ser más discreto.

III.

Cervantes es el primero entre los escritores españoles. Montalvo es el primero entre los escritores hispano-americanos. El uno fué soldado de la Santa Liga, quedó manco en Lepanto, devoró cinco años horrible cautiverio, sufrió prisiones de sus conciudadanos, tuvo siempre hambre y sed de pan y de felicidad. El otro fué soldado de la libertad y el derecho, combatió contra la tiranía, vivió desterrado de la patria, y nunca tuvo más patrimonio que el dolor. Ambos fueron perseguidos y perseguidores del ideal, dos caballeros andantes de su época, cuyas almas eran presa, ellas también, de la noble locura de D. Quijote de la Mancha. Cervantes era humilde, modesto; su humor se desleía en jovialidades incesantes: dolores y sufrimientos salían afuera vueltos oloroso in-

cienso al pasar por el fuego de su inteligencia. Montalvo era altivo, franco: su humor desapacible y borrascoso surgía en su rostro con oleadas de soberbia, en su mirada con relámpagos de odio; más como el amor y la virtud palpitasen siquiera tenuemente en derredor, el león se convertía en cordero, el hombre fuerte en amante apasionado y brotaban de su pecho sentimientos de ternura inefable. Cervantes fué restaurador del buen gusto literario: acabó con los libros de caballería y devolvió al habla castellana toda su pureza y hermosura. Montalvo es continuador de Cervantes en América: libros de caballería son en nuestra época todos los malos libros donde, por exceso de positivismo, el ideal no tiene plaza ni asiento, ni el lenguaje por perversión del gusto, ostenta su antigua riqueza y esplendor. Cervantes se encerró en la región serena de las letras: sólo supo reír, riendo corrigió, riendo triunfó. Montalvo se entregó con pasión á la política: sólo rió después de haber regañado, tronado y perdido la paciencia muchas veces. Cervantes es genio dulce y reposado, como Virgilio: Montalvo es genio que va de Virgilio á Byron: el estilo de Cervantes es más suave, llano é ingenuo; el de Montalvo, más áspero, elevado y enfático, menos apropiado al asunto del *Quijote*. Cervantes tomó la forma de los libros de caballería para ridiculizarlos y divertir al lector; y sin

proponerse á ello por ventura, escribió un libro de altísima moral. Montalvo tomó la forma del *Quijote* para escribir un libro de moral; y sin proponerse á ello por ventura, escribió un libro de entretenimiento tan precioso como el de Cervantes. El elogio de Velejo Patérculo aun cuadra, sin embargo, al príncipe de los ingenios españoles. Ambos, como genios, son inmensos: Cervantes brilla á la altura de tres siglos en teatro resplandeciente; Montalvo acaba de morir, y América es aún tierra demasiado oscura y solitaria para mansión de la gloria.



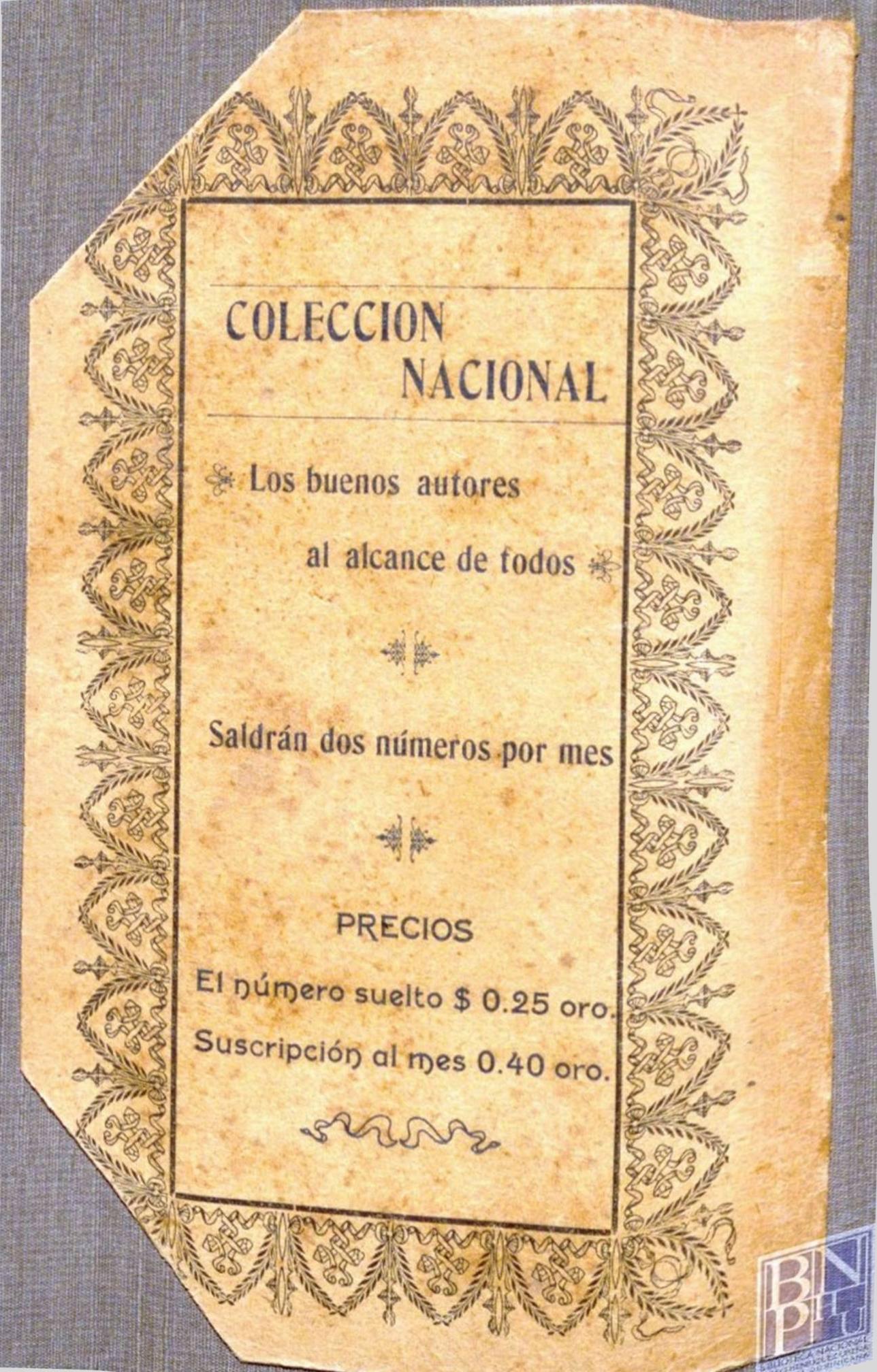
e



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

INDICE

Pórtico	1
Nunca mas	3
A mi pluma	7
Endechas	10
Ruego	14
Las hojas	15
Lo que dejaron los Reyes Magos en la zapatilla de Helena	17
Sor Teresa	19
La doncella	20
Gerardo Ferreras	22
Invocación	24
Sobre "Capítulos que se le olvidaron a Cervantes"	26



COLECCION
NACIONAL

✻ Los buenos autores
al alcance de todos ✻

✻
Saldrán dos números por mes

PRECIOS

El número suelto \$ 0.25 oro.

Suscripción al mes 0.40 oro.

